EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 3 de Setiembre de 1880.

LA MAR MENOR Y SAN GINÉS.

Ya me parece ver a los jóvenes hidalgos correr briosos en sus lujosos alazanes, camino de San Ginés; ya las estensas caravanas de la gente de á pié desembocando por las puertas de este nombre ansiosas de visitar al santo y ver el agujero por donde se dice que sacó el brazo. Ocasión vendrá de ocuparme más largamente de su historia y de la del célebre monasterio que le dió albergue tras desecha borrasca; por hoy hablaremos de su fiesta.

En los tiempos á que me refiero ó sea á fines del siglo XVI el rincón de San Ginés, no era otra cosa que un yermo solitario, en medio del cual se levantaba como un oasis el monasterio, con su huerto de naranjos; algunas casas diseminadas por la vasta planicie daban misero albergue á los cultivadores de aquellos campos. En el sitio que hoy se levanta la importante villa de La Unión solo se veían algunas casas aisladas; el Garbanzal, Vedal de la Grana y Pozo-algar no eran otra cosa que pequeños caseríos; y ciertamente que solo el amor al hogar en que nacieron es el que pudiera hacer permanecer allí á sus habitantes en constante intranquilidad y espuestos á cada momento á las sorpresas de los piratas argelinos.

La mar menor, era por lo común el sitio por donde los moros hacían sus desembarcos, de donde se corrían por el Rincón hasta llegar muchas veces á los Alumbres nuevos. ¡Cuántas veces sus infelices moradores tuvieron que venir á ampararse tras de nuestros muros! y cuantas otras vieron despojados de sus ganados y aun arrebatados ellos mismos, y reducidos al más duro cautiverio. Los vigilantes del Carmoli y de la Atalaya de moscas se veían también con frecuencia sorprendidos por aquellos terribles enemigos, de modo que cuando encendía el hacho, que era la señal de aviso, ya habían caído sobre su presa. Para defender la entrada por esta parte de la Albufera, se levantaron las torres del Estacio, del Galan y de la isla Plana; (1) pero no por ello dejaron los moros de continuar haciendo sus escursiones; si no es que atacaban á estas mismas fortalezas, cual lo hizo el temible Moratoraez

con la de Portman, fiel á la promesa que había hecho en Argel de venir á echarla abajo. Esto era en el año mil quinientos noventa y siete.

Por estas causas, más de una vez se vió interrumpida la celebración de ambas fiestas, de la mar y de San Ginés que como hemos dicho corrían unidas sucediendo también, cual en el año mil quinientos ochenta y ocho, que después de sentadas las tiendas á lo largo del lago, se tocó á rebato y hubo que darse á la fuga por la aproximación de enemigos; ó en mil seiscientos dos al solo aviso de que venía sobre nuestras costas aquel temible corsario con nueve galeras. En socorro de esta ciudad vinieron entonces mil hombres de Murcia que mandó el adelantado marqués de los Vélez, los cuales pasaron con la gente de aquí, bajo las órdenes del corregidor Diego Gomez de Sandoval á apostarse en el Estacio, que era por donde se temía hicieron los moros su desembarco.

Un aviso recibido por vía de Orán de estar preparadas en Argel sesenta galeras turcas, que con los corsarios berberiscos, debían venir sobre nosotros, motivo fué para que la ciudad tomase las siguientes prevenciones que demuestran el estado de organización y defensa con que se contaba en aquellos tiempos, en que la seguridad de una plaza tan importante, geográfica y militarmente hablando, se dejaba al exclusivo cuidado de su Ayuntamiento. Tales prevenciones llevan la fecha del diez de Agosto de mil quinientos ochenta y uno y dicen textualmente así:

«Que se limpien las armas, y que todos los vecinos se aperciban y provean de pólvora, pelotas y cuerdas para los arcabuces.»

«Que se haga alarde general para el día quince (de la Asunción) concurriendo todos los vecinos desde la edad de diez y siete años hasta los sesenta, sin faltar ninguno, bajo la multa de dos mil maravedis aplicados como es costumbre; (1) y la parte que tocara á la ciudad, se aplique á los gastos de la guerra.»

«Que se escriba á Murcia y á la comarca que se aperciban para venir al socorro de esta ciudad al primer aviso que recibirán, si es de día con grandes humaredas hechas en el cerro de San Juan y en la torre del Albujo, y de noche con fuegos, para lo cual se pongan guardas en dicho cerro y Albujo y en el monte de la Atalaya, (2) desde donde debía avisarse en la misma forma á Lorca, y entre la Atalaya y Lorca en el cerro de Palomarejo (cerca del Campo nublado) y en el de Aguaderas.»

«Y para que los muchos vecinos

(1) Esto es: por tercias partes para la ciudad Juez y denunciado.

(2) Esta Atalaya era la de Castillón.

de esta ciudad que están en sus heredamientos del Lentiscar puedan apercibirse del peligro, que se ponga un guarda en el cabezo de Ventura para que con el humo á hoguera les avise de ello.»

«Que se pongan guardas en Cabo de palos, Azohia, Algameca, mar menor y en todas las calas de esta costa.»

«Que todos los vecinos de las edades dichas se formen en compañías, y que se busquen personas que sepan tocar las cajas de atambor, dos por cada una de ellas.»

Afortunadamente, los temores no se confirmaron por entonces; pero la fiesta de la mar y de San Ginés dejaron de efectuarse; las márgenes del apacible lago miraronse desiertas; y de la parte del convento solo el eco de su campana era lo que llegaba hasta aquellas augustas solitudes.

Pero ya quiso el cielo que las cosas mudaran de semblante; los tratados, y más que todo la incesante persecución de nuestras naves de corso, lograron encerrar al mauritano en sus guaridas, y las gentes de acá pudieron entregarse tranquilamente para siempre á sus fiestas predilectas, si se exceptúa el año mil ochocientos treinta y cuatro que dejaron de celebrarse por causa de la invasión del cólera morbo. Otro caso se registra de suspensión, también por peste, que fué en el año mil seiscientos.

Fuera de esto, la fiesta de San Ginés continuó discurrendo cada vez más popular y concurrida de gentes de todas partes; para Cartagena era la fiesta de moda, donde la juventud se citaba para echar, como suele decirse una cana al aire

Pero ¡ay! cuando yo quise echar también la mía, la fiesta de San Ginés había perdido ya mucho de su primitiva fisonomía. Todavía era yo muy joven y nunca había estado en una fiesta de campo. ¡Contar aquí las peripecias que corrí en las veinticuatro horas de este viaje redondo... confieso ingenuamente que una y no más; lo cual no hay que extrañar, por que como dice el adagio; cada uno cuenta de la fiesta según le vá.

Cuando tomé el camino del Santo la alegría que se pintaba en mi semblante decía todo el mundo que iba á San Ginés; á San Ginés. A mi regreso, ¡ay! á mi regreso, si alguno hubiera tenido la humorada de preguntarme que de donde venía, le hubiera contestado con tristeza ¡de... San Ginés!!!

MANUEL GONZALEZ.

ECOS DE MADRID.

2 de Setiembre de 1880.

En estos tiempos de perversidad

que alcanzamos, todo, hasta los refranés pierden su virtud. No hay sábado sin sol... dice uno de los más antiguos y de los españoles más netos; ¡Que si quieres! el último sábado no asomó ni un instante la cabeza el rubicundo Febo; en cambio no cesamos de ver á la electricidad bordar sobre la negra nube que cerraba por todas partes los horizontes de Madrid cárdenas líneas, signos diabólicos, figuras horribles y todo esto acompañado de truenos espantosos y de una lluvia tan pronto de agua hirviendo como de granizos que parecían garbanzos.

Ni un alma por las calles; por que si á favor de la siniestra luz de los relámpagos se veían de vez en cuando bajo encrespados paraguas cruzar rápidamente algunos cuerpos, sus almas por lo mojadas solo debían ser almas de cántaro. Todo quedó interrumpido mientras la tempestad desencadenada y furiosa rugía por el ámbito de la corte.

Parecía llegado el fin del mundo.

En lo más íntimo de los hogares se reunían bajo la influencia del terror los individuos de la familia y juntos para que la suerte de uno fuera la de todos; rezaban profundamente emocionados.

Los nervios producían general es citación... Los previsores secubrían la cabeza con pañuelos de seda; es de creer que algún artista ó algún poeta harían lo propio con sus coronas de laurel. La impaciencia se revelaba en los balcones de todas las casas cuyas cortinillas al descubrirse, dejaban ver rostros llenos de ansiedad que desaparecían horrorizados, ante el fulgor de las exhalaciones.

Siete cayeron en Madrid... yo supongo que serían muchas más; pero las noticias de los periódicos así lo dicen y en estos tiempos son los que más saben. Tres fueron recogidas por los pararrayos de Palacio, una destruyó el tejado de una casa próxima á la Plaza de Oriente, otra fué á Chamberí, otra á los campos de Amaniel y otra por fin iba directamente al hotel que en la Castellana posee Teodora La Madrid cuando salió á su encuentro el pararrayo del hotel que en el mismo paraje tiene el reputado arquitecto D. Tomás Aranguren.

Sabíamos que este distinguido artista era un excelente padre de familia, un buen esposo, un modelo de ciudadanos y ahora resulta que es además el ave fénix de los vecinos. ¡Y si no que se lo pregunten á Teodora!

Pero volviendo á la tormenta que nos ha dejado impresion para tiempo: cualquiera al ver las calles de

(1) Para la construcción y sostenimiento de estas torres y de las demás que se levantaron en Calnegre, Portús, Portman, Cope y Escombrera, concedió Felipe II el beneficio de un cuartillo de cada libra de seda que se vendía en este reino.